

PARRICIDIOS

120. DE EL PARRICIDA

Original de Leopoldo Bravo: Hoja suelta impresa. Ed. Eduardo Guerrero (s/f).

Señores, tengan presente lo que les voy a cantar
de un hijo desobediente que a su padre fue a matar,
porque el pobrecito anciano lo mandaba a trabajar.

Señores, esto pasó en el Real de Ozumatlán,
esta escena dolorosa que ahora voy a relatar;
prestadme vuestra atención para poderla explicar.

Según nos dijo la prensa, yo lo tengo muy presente,
que en aquel pueblo vivía un hijo desobediente,
el cual a su pobre padre, vilmente le dio la muerte.

Se dice que Juan Rodríguez ya no podía trabajar,
el cual tenía un hijo ingrato que era grosero y malcriado;
que sin temor al castigo a su padre lo ha matado.

Ese Antonio, un desgraciado, que tal nombre le habían dado,
¡cómo tuvo tal valor de matar a su papá!
Y a ese hijo condenado ni Dios lo perdonará.

Una mañana temprano don Juan le dijo a ese Antonio:
—Hijo, párate a almorzar, porque hoy debes trabajar
y beneficiar la milpa y mezclar bien el abono.

Luego le contestó Antonio: —No comience a molestar,
que ahora yo no estoy de humor, ni quiero irme a trabajar.
Yo quisiera más tequila para poderme curar.

Luego el pobrecito anciano le comenzó a regañar:
—Hijo, no seas tan ingrato, ¿con qué te quieres curar,
si dinero yo no tengo y tú no quieres trabajar?

—No me siga molestando porque me voy a parar
y con esta buena daga hoy lo voy a asesinar,
para que no ande diciendo que no quiero trabajar.

Luego se paró el *indino* y maldecido de Antonio
con aquella horrible daga, sin ninguna dilación,
a su pobrecito padre le traspasó el corazón.

Aquel infeliz anciano en su sangre se bañaba,
y aquel hijo desgraciado el diablo se lo llevaba,
pues con gran velocidad de su pueblo se alejaba.

¡Quiera Dios, hijo malvado, y María Guadalupe,
que Dios te ha de castigar por tu infamia tan malvada,
que asesinaste a tu padre con una filosa daga!

Dicen que sólo había andado tres jornadas de camino,
cuando Dios lo castigó por ingrato y asesino,
que era lo que merecía ese Antonio por *indino*.

En una barranca oscura allí se vio acorralado
por varias hambrientas fieras que allí lo tenían rodeado,
pero ya no había remedio, ya el Señor lo había mandado.

Él pedía perdón a gritos, pero no había quien lo oyera,
en aquella sierra inmensa, pues no había ni quien lo viera
y fue por fin devorado por esas terribles fieras.

Tres arrieros que pasaron por aquellos matorrales
hallaron huesos humanos y un traje muy destrozado,
que fue lo que allí quedaba de aquel hijo desastrado.

Ya con ésta me despido, no se les vaya a olvidar,
señores, tengan presente lo que les vine a cantar,
y quered a vuestros padres a quienes debéis honrar.

121. DEL RAYO DE LA JUSTICIA

Procede de Axochiapa, Mor. Texto de E. G.
Zamorano. Hoja suelta impresa (s/p de Imp.).

Quiero su atención, señores, pa' decirles lo que traigo,
donde daré un pormenor: la muerte de un hijo ingrato.

El día diez del presente, la fecha está comprobada,
en población de Axochiapan ha pasado una desgracia.

Ese martes fue muy triste, pues cayó un fuerte aguacero,
que también cayeron rayos pa' matar aquel grosero.

Este hombre andaba borracho y a varios quería insultar,
cuando le habló su papá también le sacó el puñal.

—¡Váyase de aquí mi padre, no me venga a regañar!
No sea que me tiente el diablo y lo vaya a asesinar.

Cuando vio el padre que su hijo sacó el horrible machete:
—¡Madre mía de Guadalupe, mi hijo me quiere dar muerte!

El padre muy enojado esta maldición le echó:
—¡Te burlarás de tu padre, pero de un rayo, creo no!

Aquel hijo desgraciado se le echó encima a su padre:
—¡Antes que me parta un rayo, yo también voy a matarte!

Con un filoso machete hirió a su querido padre,
y él corrió para largarse por una *sólida* calle.

Se fue por otros lugares con el machete en la mano,
no dilató mucho tiempo cuando vino a caerle el rayo.

Mucha gente fue asustada por los peligrosos rayos
y el desgraciado se hallaba por completo hecho pedazos.

¡Ay, hijo tan desgraciado, porque a su padre lo hirió!
La maldición que le echara al otro día le llegó.

Al pasar la tempestad buscaban al desdichado
y lo fueron encontrando por completo hecho pedazos.

Muchos corrían a ver por lo que había sucedido,
es que a aquel hijo asesino un rayo lo había partido.

Vuela, paloma ligera, vuela, si haces favor;
dile a su mamá que su hijo murió por castigo de Dios.

Eran las tres de la tarde que andaba con sus amigos
y pa' las diez de la noche Manuel estaba tendido.

Tengan presente, señores, y eduquen a sus chiquillos,
no les vaya a suceder como le pasó a aquel hijo.

Esto no les pasa a todos, digo sin equivocarme;
nomás a aquellos infames que ofenden hasta a sus padres.

Señores, di un pormenor de aquel hijo desdichado,
el que lastimó a su padre, pero el rayo lo ha matado.

Ya me despido, señores, no olviden en la ocasión;
la maldición de aquel padre a aquel hijo le llegó.

122. DE TERESA DURÁN

Hoja suelta impresa. Ed. Eduardo Guerrero.
V. T. M., *Romance y corrido*, núm. 51, pp.
780-2, 1930.

Señores, mucha atención, que yo les vengo a cantar,
cómo pasó esa tragedia en Hidalgo del Parral.

En la ciudad de Parral una familia vivía,
de apelativo Durán, toditos la conocían.

Vivían en una casita que se encontraba en la orilla,
muy cerca donde mataron al famoso Pancho Villa.

Era una familia humilde, pero de gran atención;
apreciada por toditos por ser de buen corazón.

Los pobres con caridad siempre auxilio recibían,
del pan que Dios le mandaba con el pobre compartían.

El día veintitrés de enero de mil novecientos treinta
tocó a su puerta un extraño que salió con mala cuenta.

Se llamó Macario Hernández, nativo de Michoacán,
y luego se hizo compadre de la Teresa Durán.

Esa Teresa Durán desde chica fue aguerrida,
mas sus padres no sabían que les quitaría la vida.

Un martes muy señalado, según platica la gente,
ese compadre malvado se portó inconsecuente.

Y a la Teresa Durán se la llevó a la cantina
y la presentó a un amigo que era de toda su estima.

Le dijo: —Aquí te presento a mi comadre apreciada.
Y el amigo le contesta: —Debías hacerla tu amada.

En puntos de borrachera Teresa aquello escuchó
y contestó muy ligera: —Eso mismo digo yo.

Entonces respondió Hernández: —Eso nunca puede ser,
somos compadres de grado, tus padres lo han de saber.

Entonces dice el amigo: —¿Qué les puede suceder?,
hay un remedio sencillo, luego lo pueden hacer.

Teresa le respondió: —Dice muy bien tu amiguito:
con darles la muerte luego, ya quedaremos solitos.

“Ya solitos gozaremos de lo que hoy apetecemos.
¿Qué dice usted, compadrito? Si quiere, muy bien lo hacemos.”

Con los vapores del vino se encontraban ya muy noche,
tramando un plan infernal digno de serio reproche.

Los padres de esta Teresa con ansiedad la buscaban
sin saber que esa malvada su muerte ya preparaba.

Cuando la andaban buscando con gran desesperación,
se encontraron a una amiga que les dio de ella razón.

—¿Qué andan haciendo —les dijo— en hora tan avanzada?
—Buscando a mi hija Teresa, pero no encontramos nada.

—Vayan ustedes, señores, a la Cantina “El Chinito”,
que allí la encontrarán tomando en unión del compadrito.

En seguida se marcharon los dos padres en unión,
con el corazón partido por aquella mala acción.

Llegaron a la cantina y, como era su deber,
a su hija la regañaron por su inicuo proceder.

Después de mucho trabajo a su casa la llevaron
y a otro día por la mañana a consejos la agarraron.

Pero esta malvada hija con enojo contestó:
—Yo ya soy mujer de mundo y sabré lo que hago yo.

Su padre se violentó y trató de ejecutarla;
pero ella no lo esperó, no pudieron agarrarla.

Cuando a la calle salió huyendo así de su padre,
pensaba qué cosa haría cuando encontró a su compadre.

—¡Compadrito de mi vida!, yo ya no hallo ni qué hacer;
quería pegarme mi padre, todo por culpa de usted.

—¡Ay, comadre!, no sea tonta, ¿no se acuerda lo que hablamos?
Prontito démosles muerte y solitos nos quedamos.

Teresa, con el consejo que su compadre le dio,
regresó para su casa y humilde se les mostró.

Le dijo: —Padre querido, perdón te pido, por Dios,
si esta falta he cometido, te juro no serán dos.

Su padre, compadecido al oír su juramento,
se fue al trabajo tranquilo sin saber de ella su intento.

Después que salió su padre para el campo a trabajar
Teresa luego empezó con la madre a averiguar.

Y sin pensar que El Divino la tendría que castigar,
se tomó un trago de vino y luego sacó un puñal.

Sobre su madre se echó sin temor al Ser Supremo,
treinta metidas le dio a la que le dio su seno.

Luego que hizo tal hazaña para el corral se metió,
y cortó muchos nopales y el cadáver bien cubrió.

Por fin, después del trabajo, su padre a comer llegó
y Teresa con halagos a su padre recibió.

Su padre se sentó a la mesa a recibir su alimento
sin adivinar que su hija ya tenía fatal intento.

—Ahorita traigo, papá, algo que pueda comer;
mi madre dijo vendría sin duda al anochecer.

—¿A dónde fue tu mamá?, su padre le preguntó.
—Dijo iba a ver a mi tía, así me lo aseguró.

Su padre viendo quedó en el mandil que llevaba
gotas de sangre muy fresca y preguntó qué pasaba.

—¿Qué, mataron al gallito que tenía de consentido?
Y la hija respondió: —Sí, padre, aquí está el cuchillo.

Terminando estas palabras se avalanzó sobre de él,
dándole de puñaladas hasta que cayó a su pie.

Aquel padre en su agonía no tuvo más que decir:
—Anda, Teresa, hija infame, tú sabes tu porvenir.

Así terminó la historia de la Teresa Durán,
que asesinó padre y madre por causa del *catalán*.

Ya con ésta me despido, con sentimiento de veras;
fíjense en los resultados que dejan las borracheras.